

Presentación

«Es cierto que las cosas van a cambiar debido a la crisis. El retorno al mundo de antes de la crisis está excluido. Pero estos cambios ¿serán profundos, radicales? ¿Irán en la dirección adecuada? Hemos perdido la sensación de urgencia, y lo que ha pasado hasta el presente augura un mal porvenir.»

JOSEPH STIGLITZ, *FREEFALL*, 2010, pág. 454

Una crisis económica es, en primer lugar, un asunto que incumbe a los economistas. Sus causas, su desarrollo, sus consecuencias y los esfuerzos llevados a cabo para salir de ella o para impedir lo peor son temas que los economistas analizaron con frecuencia, a falta de haberla sabido prever. Sobre la crisis financiera de 2007-2009 y sus antecedentes, tanto los economistas de lengua francesa como los demás publicaron numerosos libros destinados a un público de profesionales, y otros dirigidos a un público más amplio. Algunos de ellos encontraron un amplio eco en la opinión pública.

Sin embargo, sería absurdo pretender que fuera de exclusiva incumbencia de los sociólogos el estudio de los factores no económicos de la situación económica. No sólo tal preocupación ha estado siempre presente en el pensamiento económico, tanto en la escuela «institucionalista» de comienzos del siglo XX y en la actual escuela de la regulación como en Joseph Schumpeter, e incluso ya en Adam Smith. Además, un grupo importante de economistas de alto nivel, entre los cuales se encuentran varios premios Nobel, Amartya Sen en primer lugar, luego Joseph Stiglitz y Paul Krugman, criticaron la visión estrecha, inspirada por un superficial criterio cuantitativo, estadístico y económico, que definía el estatus de un individuo o de una categoría social por su renta en dólares. Estas críticas son actualmente comunes tanto

para sociólogos como para economistas. Dejemos por tanto de dirigir reproches infundados a los economistas.

Pero, entonces, ¿qué le queda por decir al sociólogo? Procedamos por orden.

Cuando una crisis (y es el caso de la que estamos viviendo) separa la economía del resto de la sociedad, y aquélla se encierra en sus problemas internos, ¿en qué se convierte la vida social?

No sólo se la margina, sino que se ve transformada por la crisis, hasta el punto de suscitar miedos y revueltas contra las instituciones. Estas reacciones emocionales alimentaron, en varias ocasiones, el éxito de un movimiento autoritario populista o nacionalista. Pensamos aquí en el acceso de Hitler al poder en 1933, después de que su movimiento se viera amplificado por la crisis de 1929.

Paralelamente, la crisis acelera la tendencia a largo plazo hacia la separación entre el sistema económico, inclusive en su dimensión militar, y los actores sociales que, afectados por la crisis social, se transforman entonces en parados, excluidos o ahorradores arruinados, incapaces todos de reaccionar políticamente, lo que explica el silencio actual de las víctimas de la crisis, o en actores cada vez menos sociales, y definidos más bien en términos universales, morales o culturales.

Consciente de estos retos, el sociólogo se pregunta por la manera de superar la crisis. Sin rechazar las soluciones técnicas propuestas por los economistas y los políticos, introduce una idea nueva. Lo más importante, dice, consiste en la reconstrucción de la vida social, y en poner fin a la dominación de la economía sobre la sociedad, lo que exige el recurso a un principio cada vez más general e incluso universal, que se puede llamar de nuevo los derechos del hombre (o mejor humanos), que debe engendrar formas nuevas de organización, de educación y de gobernanza, para ser capaces de originar una redistribución del producto nacional en provecho del trabajo, desde hace tiempo sacrificado al capital, y de exigir un respeto más real a la dignidad de todos los seres humanos.

Estas hipótesis ofrecen varias posibilidades de cambio social, pero excluyen cualquier retorno hacia atrás, al período de antes de la crisis, porque enclaustrarse en tal ilusión equivaldría a preparar una nueva crisis.

El método de análisis del sociólogo es diferente del de los economistas, en la medida en que el primero, como el historiador, intenta comprender a los actores, sus elecciones y sus representaciones. En consecuencia, su objeto de estudio está formado con mucho por juicios de valor, aun cuando éstos deban ser analizados objetivamente, desconfiando de cualquier prejuicio ideológico.

El sociólogo intenta descubrir transformaciones sociales y culturales generales que puedan observarse en todos los ámbitos, a través de los debates políticos en primer lugar, pero también en los escritos y las imágenes que son aparentemente ajenos a los problemas económicos inmediatos. La novela y el teatro, el cine y los vídeos, las artes plásticas, la música y la canción proporcionan así indicaciones frecuentemente muy esclarecedoras a quienes se preguntan por los cambios de alcance general.

Todavía es necesario, seguramente, que el sociólogo aprenda del economista la naturaleza y el sentido de los acontecimientos. Pero debe, ante todo, vincular el análisis de la crisis a una perspectiva de transformaciones a largo plazo de la vida social. La *primera idea* defendida aquí será que, después de la sociedad industrial, e incluso posindustrial, se forma lo que yo llamo una «situación postsocial» (para evitar la expresión «sociedad postsocial», demasiado oscura). Aunque esta mutación y una crisis económica no hubieran coincidido en el tiempo y no tuvieran el mismo tipo de consecuencias, deberían relacionarse mutuamente. Es probable que no sea la crisis la que está engendrando un nuevo tipo de sociedad, pero está contribuyendo a destruir la antigua. Y también puede impedir la formación de un nuevo tipo de sociedad o favorecer la intervención de agentes autoritarios durante un período de difícil transición.

Tales conmociones, a la vez a corto y largo plazo, pueden conllevar la desaparición real de los actores. Es la impresión que sacamos del examen de la situación de los sindicatos y de los parti-

dos de «izquierda» en Europa, tan manifiestamente aquejados de impotencia que los electores ya no saben distinguir la izquierda de la derecha.

Se instaló así un silencio social imprevisto, pero que también puede anunciar la formación de un movimiento violento a cargo de todos aquellos que han padecido la crisis. Tal es el primer tipo de porvenir en el que puede desembocar esta crisis.

Pero es posible también que aparezcan nuevos actores, que ya no sean sociales, sino más bien morales. Unos actores que opongan los derechos de todos los hombres a la acción de quienes sólo piensan en incrementar sus beneficios. Los conflictos entre actores sociales, por ejemplo entre actores de «clase», están siendo reemplazados por una pugna entre el sistema económico —sobre todo cuando se reduce a la persecución del mayor beneficio posible— y los actores que apelan a los derechos humanos y al respeto de las personas. Este segundo porvenir es tan deseable como inquietante es el primero.

Desde el comienzo de 2010, la «megacrisis» parece haber sido poco a poco superada y haberse transformado, como dice Paul Krugman, en una depresión ordinaria. Pero Europa ya padece una grave crisis monetaria que lleva consigo una crisis de crecimiento. ¿Debe el sociólogo, entonces, hacerse a un lado y dejar el terreno libre a los economistas, en la medida en que estos últimos saben elaborar y evaluar las políticas económicas? Esta modestia sería excesiva, porque cuanto más conocidos sean los caminos que adopte la situación económica, mejor se distinguirán los problemas que dependen de realidades que van más allá de la previsión económica. Por ejemplo, estos dos:

—¿Cómo afecta la crisis a la evolución a largo plazo de las relaciones entre la economía y la vida social?

—¿Corren el riesgo nuestras sociedades de padecer una cascada de crisis o son capaces de descubrir y de construir un nuevo tipo de vida social, lo que llamo aquí una «situación postsocial», y que se caracteriza por la separación entre el sistema y los actores?

En cualquier caso, uno u otro de estos dos porvenires será el nuestro.